

**Gianfranco Testa, IMC**  
**El perdón, una propuesta inteligente**

---

**Una mirada a la situación**

Vivimos en un mundo en crisis. Y no porque las crisis sean recurrentes, numéricamente o de magnitud, sino porque están en cuestión las motivaciones fundamentales de la vida, de la fe, de la convivencia. Y lo más grave es que el mismo remedio del mal provoca crisis aún mayores.

La falta de democracia se suple con la guerra; los principios morales, ciertamente fundamentados en la experiencia pascual de Cristo, en lugar de transformar en profundidad las conciencias son vistos como simples exigencias legales y provocan un terremoto en valores éticos irrenunciables.

Está en crisis el proyecto político y social global. La brecha entre pobres y ricos es cada día mayor y aparecen cada vez más inquietantes las estadísticas sobre pobreza absoluta, que engloban a millones y millones de seres humanos. Las finanzas, el comercio (ahora se está hablando de tratado de libre comercio) y la venta de armas son los mecanismos infames que provocan un desequilibrio mayor al del terrorismo mundial.

La violencia, que es una forma como se manifiesta la crisis, quizás la forma más llamativa y más cargada de consecuencias, tiene, pues, causas objetivas como son la marginalización, peor aún la exclusión, la injusticia social tanto en los niveles nacionales como internacionales, la insolidaridad, el hambre, las enfermedades, la miseria, la falta de oportunidades y de esperanza. Nos sentimos impotentes frente a una estructura legitimada por una democracia formal y excluyente, que abandona por el camino a los muchos caídos de Jerusalén a Jericó. La política poco o nada tiene que ver con el samaritano, menos aún con el samaritano bueno. La vida religiosa misma parece preferir la intimidad, la seguridad, la temática propia. Las revoluciones han pasado de moda, después de tantos fracasos en sus intentos por cambiar la realidad. Y el motivo más repetido es que olvidaron de cambiar al hombre antes que a las estructuras. Y aquí viene un segundo aspecto.

No sólo entró en crisis el compromiso social y político (no hemos sido capaces de cambiar el mundo y la historia, por más que afirmáramos que *el cristiano es un constructor de historia*). Al mismo tiempo debemos afirmar que no hemos sido capaces de cambiarnos a nosotros mismos. Nos encontramos, una y otra vez, débiles, con los mismos defectos y pecados. Si la teología de la liberación nos cargó con un compromiso demasiado grande, también la moral exigente, tanto de la Iglesia católica como de los grupos evangélicos, ha creado una dicotomía entre fe y vida. La gente ha aprendido a solucionar los problemas a su manera, pero con una carga de angustia y de dificultad. La moral sexual, la bioética, los nuevos retos de la manipulación genética... No todo se puede solucionar en un tú a tú, en un ámbito únicamente individual. Nos sentimos parte de una comunidad, que usa un lenguaje y una argumentación que a menudo nos indica un camino, que está más allá de las posibilidades. La misma práctica del confesionario o del acompañamiento de las conciencias nos tienta para que hagamos descuentos por un lado y por el otro, recordando lo que dice la Iglesia y, sin embargo...

**Buscando respuestas**

La búsqueda de espiritualidad, de religiosidad, no necesariamente católica o cristiana, la necesidad de encontrar respuestas a la crisis de valores nos hace volver la mirada hacia las grandes propuestas de solidaridad, de paz, de convivencia entre los pueblos y las culturas. Sin embargo todo esto está matizado por la incomprensión, la no aceptación, las fronteras, no tanto geográficas cuanto emocionales, cerradas e infranqueables. Por eso es necesario buscar algún otro elemento, que haga de soporte a la construcción de nuevas reglas de juego de la vida. Ese elemento, creo, es el perdón. En un mundo dividido por muchas causas: políticas, sociales, ideológicas..., en una sociedad fragmentada, en comunidades, que guardan viejos rencores, el perdón ofrece la oportunidad de desbloquear la situación, de liberar las tensiones, de ofrecer nuevas oportunidades. Perdonar no es aceptar lo inaceptable, no es tampoco cerrar los ojos frente a la injusticia, no es sumisión a la voluntad del otro. Tampoco el perdón se identifica con acciones, con hechos, con cosas que hay que hacer... el perdón es una opción y una actitud por la cual la persona decide

no arrastrar una situación que no le permite ser feliz, libre, consciente de su realidad. Hoy estamos invitados a perdonar muchas veces, porque la realidad nos hace sufrir, y estamos llamados también a perdonarnos muchas veces a nosotros mismos, porque descubrimos demasiadas heridas e inconsistencias en nuestra vida.

Perdonar es no volver a hundir el cuchillo en una herida que ya nos hace tanto sufrir, es hacer que la herida se vaya cerrando; quedará sin duda la marca de esa herida, quedará una cicatriz, que ya no hace sufrir. Los ejemplos pueden ser muchos. La niña violada, que no sabe interiorizar esta situación, siempre vivirá con una actitud de rechazo hacia cualquier hombre (todos son iguales...); los papás que no viven la muerte violenta de un hijo (por accidente de carretera o por la violencia societaria o política) olvidarán a los demás miembros de la familia y los condenarán a quedar bloqueados en una realidad traumática. Y ya aparece una primera afirmación importante: el perdón no es olvido. No puede una madre olvidar los sufrimientos de su esposo o de su hijo, no podemos – no debemos – olvidar la masacre de los niños en Rusia o lo que sucede a nuestro alrededor. Una famosa canción, que a veces cantamos también en la iglesia, nos hace decir: Sólo le pido a Dios que lo injusto, que la guerra... no me sean indiferentes. Perdonar, en lugar de ser olvido es ver las cosas de una manera distinta. Y eso se logra no de forma automática, sino como fruto de un entrenamiento.

### **Las causas de la violencia**

Frente a una situación difícil, un hecho violento, una incompreensión, un conflicto mal solucionado... puede haber muchas reacciones. Que son eso: reacciones. Y como tales no son ni buenas ni malas. Algunas favorecen, otras dificultan la comunicación pero no pueden ser juzgadas en sí. Una reacción de rabia, de tristeza, de angustia o de alegría son justificadas y deben ser aceptadas. El problema nace cuando las reacciones o emociones se adueñan de la persona, por lo que la rabia, la angustia o una misma alegría sin motivo se transforman en la manera de ser. La violencia es sin duda una de las realidades que más nos desafían hoy y son las causas de situaciones de angustia, de tristeza o de rabia. El terrorismo, las guerras televisivas y las olvidadas influyen sobre la manera de vivir de cada uno. Sin embargo hay otra violencia, la de cada día, mucho más difundida, que es capaz de entrar en las casas de familia, en las casas religiosas, en las relaciones de trabajo o de conveniencia. Es la violencia invisible que hace voltear la casa al otro lado por la calle, buscando no reconocer o no ser reconocidos para ahorrarnos un gesto de saludo. Si examinamos con detenimiento nos damos cuenta que la violencia organizada, la violencia de la guerra y de la resistencia provocan un número importante de víctimas, pero mínimo si lo comparamos con los muertos provocados cada día en el mundo por la velocidad de los carros, por el poco respeto por las normas, por los envenenamientos programados por las grandes industrias, por la incapacidad de convivencia, etcétera. Algún aficionado a las estadísticas nos dice que la violencia organizada, aún en países que sufren la guerra, como Colombia, no provoca más del 15-20% de los muertos; los demás son las víctimas de la violencia societaria. De manera que si mañana se acabara la guerra habría que seguir trabajando sobre un número importante de víctimas. ¿Cuáles son las causas de la violencia? A parte las causas objetivas, como la injusta distribución de los bienes, la marginación, la explotación, sobre las que difícilmente tenemos la capacidad de actuar, hay otras causas que están en nuestras manos y que llamamos causas subjetivas. La primera es la incapacidad por manejar nuestras emociones. Nos domina de inmediato la rabia, nos dejamos llevar por la antipatía, la animadversión, el contraste con la otra persona. Se puede tratar de una relación cercana, o también de una situación que vemos por televisión y frente a la cual reaccionamos con una actitud vengativa o de rechazo, que llevamos adentro por varios días. No es fácil mantenernos con un equilibrio mental y emocional frente a la destrucción de las torres gemelas, frente a la muerte de gente de paz como Enzo Baldoni, frente al secuestro y matanza de los niños de Ossezia. A veces, a distancia de meses o de años, volvemos a sentir emociones muy fuertes. No somos responsables de la rabia que tenemos, pero sí de la rabia que guardamos. A veces, una fuerte emoción de pocos segundos, puede condenar una vida a la cárcel o a un sufrimiento sin límites. Otra causa de violencia depende de una mentalidad difundida: creemos que la violencia es normal. Las teorías de Darwin o de Freud nos han hecho pensar que en la lucha de la vida ganador es el más fuerte. Hay que ser más fuertes (o más violentos) para sobrevivir. Hoy muchos antropólogos ponen en duda esta creencia. En las cuevas, donde vivieron nuestros antepasados, no se han encontrado sólo piedras labradas para defensa o ofensa, sino restos de alimentos traídos seguramente de lugares distintos. Señal de una interdependencia para poder sobrevivir. Hoy podríamos decir que la supervivencia era más fruto de solidaridad que de fuerza. Este es un tema que merece ser profundizado porque nos puede ofrecer la posibilidad de proyectar el futuro de la humanidad sobre bases distintas a las actuales de confrontaciones armadas. La paz se construye sobre la solidaridad, la interacción y no sobre las guerras preventivas. Una tercera causa de la violencia, además de la poca capacidad por manejar las emociones y la creencia de la normalidad del uso de la fuerza consiste en que abundan los azuzadores y faltan los mediadores. La violencia es espectáculo tanto callejero como televisivo.

Seguramente la paz exige más inteligencia que la violencia, será por eso que los pacíficos son menos numerosos y creativos que los guerrilleros. Frente a una situación que pide alguna solución es más rápido ir a la vía de los hechos que a la búsqueda de alternativas. Era claro que Saddam Hussein era un problema para la humanidad en general. Dar una solución al mismo sin que se afectara al pueblo irakeno y sin que se usaran las armas pedía tiempo, fantasía, inventiva. La solución más fácil es la que usó Alejandro cuando, para soltar el nudo gordiano sacó la espada y simplemente lo cortó. La misma enseñanza, con su carga de competitividad, también la enseñanza en los colegios católicos, prepara más a la superación del otro que a su servicio, más a la confrontación que a la mediación.

### **La irracionalidad del perdón**

Cuando alguien nos pidió que amáramos a nuestros enemigos, que hiciéramos el bien a quien nos hace el mal, nos pidió seguramente una acción, una actitud irracional. No hay razones para amar al enemigo, para perdonar. Sin embargo hay también mucha irracionalidad en la violencia. Me refiero a hechos sucedidos en Colombia. Son simplemente un ejemplo. En la finca, donde un grupo de niños y jóvenes desplazados por la guerra se van formando, hay un muchacho que un día me quiso contar como lo obligaron a mirar cuando los paramilitares cortaban a su tío con la motosierra. Es irracional matar así a una persona; es irracional obligar a un menor asistir a ese acto inhumano realizado sobre un ser querido. En una aldea los paramilitares, en estos comportamientos le ganan ampliamente a los guerrilleros, reunieron a toda la población. Tenían que enseñar cómo es de peligroso tener algún trato amistoso con la guerrilla. Después de echar su sermón llamaron en el centro del círculo a una niña, escogida al azar y, frente a todo el mundo la estrangularon. Un hecho irracional. También el perdón es irracional, pero se trata de una irracionalidad constructiva frente a una irracionalidad destructiva. Se trata además de una irracionalidad inteligente. Shakespeare, en una de sus obras, dice que guardar odio es como tomar veneno y esperar que se muera el otro. No tomar veneno es más inteligente que tomarlo, sobre todo si queremos dejar de hacernos daño a nosotros mismos.

### **Las ganancias del perdón**

Muchas son las ganancias del perdón, sobre todo si lo comparamos con la rabia. A nivel físico, la rabia es responsable de más de cien enfermedades unidas a problemas del corazón, de la tensión, dolores musculares, stress, insomnio y mala digestión. Es evidente que el perdón favorece un cambio radical a nivel físico con una gran mejoría en la salud. El resultado más llamativo e irrefutable es la ganancia en el bolsillo con menos gastos en medicinas, en psicólogos, en sesiones terapéuticas. A nivel intelectual el perdón ofrece un mayor equilibrio en el juzgar las situaciones con lucidez de principios, serenidad y claridad. A nivel emocional se gana en serenidad, en tranquilidad, en capacidad de ternura, en relaciones amables y positivas. Uno se siente mucho más tranquilo porque logra dominar la tentación de la conflictualidad, como manera de relacionarse con los demás, aún en los momentos de dificultad. La conducta cambia porque el perdón es una manera de ser más que acciones aisladas: se trata de adquirir una actitud más serena, más segura y con la apertura la futuro. Está claro que las mayores ganancias se dan a nivel espiritual y religioso. El perdón está en el corazón de la experiencia cristiana. Jesús vino a reconciliarnos con el Padre y entre nosotros y nos ha hecho ministros y embajadores de la reconciliación. Sólo quien perdona recibe perdón. El perdón nos hace parecidos, perfectos como lo es el Padre que hace nacer el sol sobre buenos y malos, que hace llover sobre el campo del justo y del injusto.

La comunidad cambia, deja de ser simplemente un lugar de coexistencias o de convivencias para transformarse en experiencia de comunión. Y, por fin las ganancias políticas. Hoy, si existiera entre nosotros un profeta quizás descubriría la espiritualidad del terrorismo. Cuando el pueblo de la Biblia hebrea se encontró sin tierra, sin templo, sin sacerdocio, sin reyes... tuvo el valor de preguntarse por el por qué. ¿Cuál será el por qué del hoy? El sentirnos débiles en nuestra soberbia, frágiles y en manos de un enemigo desconocido tendría que crear en nosotros no sólo preocupación sino interrogantes profundos. En ámbito religioso encontramos una primera causa en el abandono de Dios, pero no simplemente en un sentido atea; hemos abandonado, también las iglesias, el proyecto de Dios, un proyecto de comunidad y de vida para encerrarnos en guetos, que quieren hacernos sentir mejores que los demás, con la única verdad salvadora y la última fórmula capaz de solucionar los problemas. En campo económico está claro que la explotación de los bienes de la tierra (entre ellos el más apetecido es el petróleo), el comercio inicuo, el dominio sobre las finanzas, la exportación e imposición de modelos culturales y políticos no pueden dejar indiferentes a grandes culturas y países. En campo cultural hemos arrasado con una diversa concepción de la vida, de la muerte, de la relación interpersonal. No es aceptable el terrorismo, pero tendríamos que habernos levantado todos, no sólo los espíritus más iluminados, los profetas que hemos admirado y perdido de vista. No se puede perdonar el método, pero sí se puede intentar descubrir alguna razón. Este es el primer paso para construir un mundo reconciliado. Los profetas lloraban la desgracia de su pueblo, pero

buscaban comprender las razones y hasta se admiraban del bastón del Señor que podía tomar rostros distintos como el de Artajerjes o de Ciro.

## **Perdón y reconciliación**

Una reflexión importante se refiere a la distinta concepción del perdón y de la reconciliación. En el lenguaje eclesial se confunden y esto no ayuda. Se habla indistintamente del sacramento del perdón o de la reconciliación, porque se busca, de un solo golpe, llegar a lo máximo. Sin embargo es mejor distinguir los dos elementos. El perdón es un proceso que vivo en mi interioridad, es una sanación interior, que no exige la presencia o la relación con la otra persona. Y esto da una grande tranquilidad. A veces sentimos que hemos perdonado de verdad, pero no hemos sido capaces de acercarnos a la otra persona, no hemos encontrado la oportunidad, nos ha parecido que no estaba maduro el momento. Ningún miedo. Se trata de un verdadero perdón. Estamos reconstruyendo en la intimidad la imagen de la otra persona, que deja de ser un adversario que debo eliminar en mí, para ser simplemente un ser humano, que me ha ofendido, que me ha creado un trauma, y que, muchas veces ha sufrido traumas y ofensas. El perdón es humanizar al adversario. Si somos capaces de fe, lo vamos considerando como alguien que, con todos sus defectos, es amado por Dios. Si Dios lo ama así como es, ¿por qué no soy capaz de amarlo yo también? La reconciliación es un proceso distinto: exige la recomposición de relaciones con la otra o las personas. Podríamos decir que si el perdón es un proceso psicológico, la reconciliación es un proceso sociológico. Está claro que habrá, pues reconciliaciones de carácter interpersonal, social o comunitario y político. De este último tipo conocemos los ejemplos históricos, como la reconciliación en África del Sur, en El Salvador, en Mozambique. Otras reconciliaciones esperan todavía una construcción exitosa en los Balcanes, en el Medio Oriente, en Chipre, en Irlanda o en los Países africanos de los Grandes Lagos. La reconciliación no puede ser un monólogo, debe ser construida entre los dos en un proceso que sea ganancioso para todos, donde todos, las dos personas o las dos realidades, se sientan responsables y protagonistas. Habrá, pues, procesos de perdón sin reconciliación, pero no puede haber verdaderos procesos de reconciliación sin perdón. Es evidente que la fragilidad de reconciliaciones políticas construidas sobre la base de amnistías o indultos, pero sin la participación de las víctimas, no tienen futuro. Lo hemos visto con las leyes de perdón y olvido en Chile y Argentina, cíclicamente rechazadas por la población. A veces pueden ser necesarias políticas para cerrar páginas de historia (se hizo en Italia, en Portugal, en España) pero se exige una fuerte conciencia pública y un esfuerzo por corregir situaciones sociales que permitan mirar al futuro con optimismo. Sin embargo, hoy más que nunca, la base de la reconciliación, sobre todo política, exige de bases claras como son la verdad, la justicia, el acuerdo entre las partes y la celebración solemne de la memoria y de la restitución. Es un camino posible y necesario, que en parte ya ha sido hecho y en parte exige todavía de valor y de inventiva.

## **El entrenamiento**

Al final de un curso sobre el Perdón y la Reconciliación en barrios populares de Bogotá un hombre de unos treinta años quiso dar su testimonio sobre lo que había vivido. Dijo: «En mi iglesia siempre me habían dicho que debía perdonar, pero nunca me habían enseñado cómo hacerlo. Ahora lo aprendí». El Perdón y la Reconciliación piden además de unos contenidos también de una pedagogía. Para aprender a perdonar es necesario convencerse ante todo que las ganancias de la rabia y de la venganza son ganancias muy relativas, que al final más bien se transforman en pérdida. Es mejor dejar de dejarse engeguetar por emociones que no favorecen una vida más serena. El perdón es, por lo tanto, una decisión, una decisión posible porque no estamos obligados a vivir esclavos de nuestro pasado. Podemos escoger. Para podernos liberar del pasado vamos mirando lo sucedido con ojos nuevos. Muchas veces la ofensa recibida, con la que tenemos todo el derecho de no estar de acuerdo, de no aceptarla, era en realidad la reacción de una persona acorralada, ofendida por muchas situaciones de la vida. Aprender a percibir de manera nueva nos ayuda a reducir los sucesos en su justa dimensión, porque, no siempre pero a veces, la ofensa está más en la percepción que en el hecho mismo. Llegando a este punto ya la compasión, la capacidad de reconocer la necesidad del otro y nuestra está ganando y empieza a ser una emoción portante. Es hora de lanzar el puente hacia una posible reconciliación. A veces esta no será posible, si el otro no quiere, si no sé donde esté, si ha muerto..., a veces no será deseable, por ejemplo en caso de una violación por parte del papá, en otros casos la reconciliación será realmente la feliz conclusión de un entrenamiento. También la reconciliación se juega en niveles distintos. Se puede realizar como una simple coexistencia pacífica (una pareja que vive situaciones insalvables se separa y, al menos, hace un acuerdo de no seguir atacándose, de no usar a los hijos para herirse uno al otro). La coexistencia pacífica entre judíos y palestinos sería una forma de reconciliación mínima pero ya muy exitosa. Un nivel más profundo podría ser una reconciliación de convivencia, donde se comparten horarios, estilos, costumbres... Otro nivel es el de la comunión. Cada

caso exigirá formas distintas, todas útiles, con tal de que logren sanar heridas en las relaciones y en la comunicación.

Ya se ha dicho que la reconciliación es un puente que necesita de pilares: la verdad, la justicia, el pacto y la celebración. La verdad como mínima comunicación, que nos permita creer en el otro. No se reconstruye el hecho sino la motivación del mismo, se busca comprender sus por qué y sus para qué. La justicia restaurativa, que regenere tanto a la víctima como al victimario y a la sociedad. El acuerdo para construir el futuro juntos. La celebración de una memoria sanada, así como en cada eucaristía recordamos un asesinato, el de Jesús, pero como victoria y salvación.

## **Conclusión**

Somos una comunidad de destino común. Cada vez más comprendemos que la aldea global es no sólo una realidad sino un proyecto. El Dios bíblico es un Dios que quiere hacer de todos los hombres una sola familia. Si la Babel nace de la soberbia del hombre, el antibabel de Pentecostés es el fruto del Espíritu de Dios. En la familia no todos los hijos piensan lo mismo, ni tienen las mismas actitudes. En la familia humana, además de la riqueza de culturas, de lenguas e historias, hay también una riqueza grande de experiencias religiosas. Cada vez más se achica la preocupación por el número de las religiones y aumenta la preocupación por cómo estas son vividas. Será verdadera la religión que más ayude y favorezca la integración y la comunión entre las personas. Será verdadera la religión que más favorezca el perdón y la reconciliación, porque siempre en la historia interpersonal o comunitaria existe la posibilidad de la ruptura, de la división, que el perdón y la reconciliación pueden sanar. Esa la única manera de ser de Dios en cualquier religión o cultura. En la Biblia Dios es clemente y compasivo y clemente y compasivo es Dios en el Corán o en la concepción religiosa del hinduismo, del budismo o de otros caminos. Y en nombre de ese Dios nos hemos hecho guerras, se ha desatado la más grave violencia, hemos puesto razones para las venganzas actuales y futuras. Quizás haya llegado el tiempo para la Iglesia en su misión de la Iglesia, en su nueva evangelización y su pastoral de convertirnos todos, nosotros y los que no son cristianos, al único y verdadero rostro de Dios.